**IX Jornadas de Jóvenes Investigadores**

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**1, 2 y 3 de Noviembre de 2017**

Nieto María Emilia

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UNLP

[mariaemilianieto@gmail.com](mailto:mariaemilianieto@gmail.com)

Profesora de Sociología y estudiante avanzada de la Licenciatura.

Eje 13: Crímenes de Estado. Derechos Humanos. Memorias

“Mujeres en la plaza. Un acercamiento a las experiencias militantes de las Madres de Plaza de Mayo a partir de la historia de vida de Aída Bogo de Sarti.”

Palabras clave: Madres de Plaza de Mayo – Historias de vida – memorias

**Introducción**

La presente ponencia retoma parte del trabajo que actualmente me encuentro realizando para la tesina de grado de la Licenciatura en Sociología. La propuesta de la misma es recuperar las memorias y trayectorias de militancia de algunas Madres de Plaza de Mayo (MPM), prestando especial atención a sus historias de vida antes de su constitución como Madres. A los fines de esta ponencia voy a limitarme a presentar la historia de vida de Aída Bogo de Sarti, integrante de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, con el objetivo de ilustrar parte de los avances correspondientes al problema de investigación que vengo trabajando.

Los estudios acerca de la experiencia de las MPM han presentado diversas miradas sobre la misma. Gorini (2006) sostiene que las Madres cuestionaron en su praxis las representaciones que existían sobre la maternidad y que más aun, el desarrollo de su movimiento implicó un cuestionamiento de las representaciones y la praxis dominante, con respecto a lo que se esperaba de una madre. Esto explicaría también porqué fueron algunas y no todas, las que le dieron una dimensión política a su búsqueda (ya que existieron aquellas que no formaron parte del movimiento). El autor señala entonces la existencia de un “pasaje de estas mujeres desde las relaciones de familia hacia las relaciones políticas” (Gorini 2006: 22). En este mismo sentido Feijo y Gogna (1985) señalan que en esta lucha nacida de la división sexual del trabajo (en la que el cuidado ha sido el trabajo asignado socialmente al género femenino) las Madres violaron dicha división, al salir del ámbito doméstico, enfrentarse al poder político de facto, irrumpiendo simbólica y materialmente en el espacio público. En este acto introdujeron principios éticos de la defensa de la vida alterando radicalmente los parámetros tradicionales del debate político. Más allá de que las protagonistas no lo expresaran o narraran desde esa conceptualización, redefinieron con sus prácticas el rol femenino tradicional. Las mismas autoras señalan luego que el movimiento de Madres nace de un grupo de mujeres que no tenían experiencia política previa, siendo ésta provocada por los acontecimientos vividos, que las habría arrojado al mundo de la política, provocando su “politización”.

Detrás de estas reflexiones opera un supuesto que nos interesa problematizar: aquel que considera que las integrantes de MPM se constituyeron como tales estableciendo una ruptura con su trayectoria pasada, y con aquellas representaciones que tenían sobre ellas mismas (en torno a la maternidad, la familia, la política, la relación entre lo privado y lo público). Si bien esto puede haber sido así en muchos casos, también nos permitimos dudar de que esa sea una experiencia univoca u homogénea a todas las mujeres del movimiento. Consideramos que el abordaje de algunas trayectorias particulares, nos posibilita ahondar en la complejidad de estos pasajes, estas rupturas, o estas resignificaciones, y visibilizar otras experiencias.

En este sentido es relevante señalar un conjunto de estudios (Bousquet 1983, Da Silva Catela 2001, Kotler 2004, Gorini 2006, Scocco 2014) que desde una mirada que privilegia el análisis organizacional, han dado cuenta de la politicidad que ya en sus inicios asumía esta organización. En su trabajo sobre la organización Madres de detenidos-desaparecidos de Tucumán, Kotler (2004) afirma que desde sus inicios se constituyeron como un movimiento social que incluyó posicionamientos políticos en sus demandas dando lugar a nuevas prácticas políticas ejercidas desde una postura y por actoras, diferentes a las tradicionales. El autor concluye que este movimiento puede ser interpretado como signo de una nueva forma de expresión política protagonizado por mujeres. Esto mismo será advertido por Bousquet (1983) quien reconstruye el proceso de politización de las acciones de las Madres y da cuenta del modo temprano en que adquieren un lenguaje militante. Esta politicidad se expresa claramente en la propia organización a través de la idea de “socializar la maternidad”, definición política elaborada por MPM, que consiste en trascender el drama individual y sentirse “madres de todos los desaparecidos”. Partiendo de una fuerte valorización de la maternidad pero inscribiéndola en el ámbito público, y otorgándole una dimensión profundamente política.

Cuando nos preguntamos sobre las trayectorias de militancia de las Madres, buscamos desnaturalizar la mirada desde la cual analizamos esas experiencias vitales. Pensamos que una mirada que plantee una dicotomía en las trayectorias de las Madres, antes y después de iniciar su militancia (entendiendo el antes como propio del ámbito no político y el después como político) puede obturar dimensiones de análisis sobre sus vidas, subestimando otras experiencias políticas, previas a la desaparición de sus hijos/as. En efecto muchas de las Madres no eran estrictamente amas de casa, sino que se desempeñaban en diferentes oficios, profesiones, habían tenido algún tipo de militancia social, política, sindical, o sus familiares eran cercanas a estas. Esto puede dar cuenta también de otros repertorios de acción que las Madres pusieron en juego a la hora constituirse en militantes de derechos humanos, apelando a los distintos conocimientos, saberes, redes, o podríamos decir, capitales, culturales, simbólicos, sociales (Bourdieu, 2010) incorporados en experiencias previas.

La imagen de las Madres como amas de casa que rompen con su vida privada para comenzar a participar del ámbito público, sin duda se explica, en parte, por una necesidad estratégica, un recurso que habilitaba denunciar, en un contexto de fuerte represión y donde lo político era visto como peligroso, subversivo. En ese marco muchas madres explican el hecho de haber sido ellas (y no los padres) quienes protagonizaron la lucha, debido a un uso estratégico de su condición de maternidad. Esta explicación también puede ser matizada si se tiene en cuenta que a los pocos meses de comenzar a juntarse e intervenir públicamente, se produjo la desaparición de tres de sus integrantes, y muchas fueron a su vez objeto de constantes persecuciones, detenciones en comisarías y represiones en las rondas y manifestaciones, bajo una de las primeras hipótesis militares de que el movimiento estaba infiltrado por la subversión.

Es por eso que creemos cobra relevancia indagar en la construcción de la subjetividad política de estos actores y en sus recorridos y trayectorias militantes. Consideramos que la historia de vida de Aída Bogo puede mostrar un recorrido particular e interesante para pensar cómo estas mujeres se constituyeron en sujetos políticos apelando a experiencias, prácticas y capitales previos que se pusieron en juego a la hora de enfrentar el acontecimiento de desaparición de sus hijos e hijas. Nos proponemos reconstruir de manera exploratoria, quién era Aída Bogo de Sarti antes de ser Madre de Plaza de Mayo y cómo fue forjando esta subjetividad militante, política, ligada a la experiencia de la desaparición de su hija.

**Aida Bogo de Sarti: “una vida muy, muy extraña”**

“Porque para que vos sepas, yo tuve una vida muy, muy extraña” Con esa frase Aída da inicio a una de las entrevistas que le realicé en abril de 2017 en su casa de Montegrande. Varias veces a lo largo de ella reitera este elemento, atribuyéndolo a varios aspectos pero inicialmente asociándolo a su cercanía con la experiencia migrante en la infancia. Aída Bogo de Sarti nació el 25 de junio de 1929 en Argentina. Hija de inmigrantes españoles, a los pocos meses de nacer sus padres deciden irse a vivir a España, producto de una enfermedad que lo afectaba a éste, quien al poco tiempo fallece. Su madre se vuelve a Argentina, a hacerse cargo de un negocio familiar, por lo que Aida queda al cuidado de su abuela. A los ocho años y medio su madre regresa a buscarla y traérsela a Argentina.

“solamente tengo una sola idea en la cabeza que nosotros cuando vinimos para acá [Argentina] tuvimos que ir a Portugal y en Portugal estuvimos un día, tuvimos que ir una casa a estar para ir, y fuimos a una casa también, tórrido el lugar, 8 años y medio ya tenía mucha lucidez, con piedras así, unas cosas negras, unas casas negras, y golpea y sale una señora con un pañuelo negro y todo con un… como se ponen los gallegos en su forma, ahora no, pero en aquel entonces, y un muchacho, y entonces cuando me vio me dijo “¿No me la dejás?” Ese “No me la dejás” me quedó toda la vida [enfatiza]” [[1]](#footnote-1)

Esta anécdota aparece en la historia de vida de Aída como un elemento que se reitera en sus memorias. En otra de las entrevistas la cuenta nuevamente asociándola a un hecho traumático de su infancia, por el temor que le provocó que la madre decidiera acceder al pedido de esa mujer.

Al llegar a Buenos Aires, la madre de Aída ingresa a trabajar como mucama en la casa de “Los Pini” unos banqueros. Aida cuenta lo difícil que fue para ella adaptarse a la nueva vida, por varios motivos:

“vos no sabes lo que me costó a mí que a esta Otamendi [se refiere a la dueña de la casa] se le dio la gana de ponerme en el, en un colegio que tenía iglesia con las monjas, y los curas y todo. Y yo que hablaba cerrado el gallego, que no podía hablar, porque no podía, me dolía la cabeza, cada vez que tenía que hacer algo y ver la maestra con el coso, con el palo, este… bueno la cosa es de que yo sufrí, un horror…” [[2]](#footnote-2)

“porque en frente de mi… la casa que vivíamos, estaba una maestra que iba ahí, entonces íbamos, caminábamos 15 cuadras casi cerca de la estación que está ahora en Barracas y bueno a mi verla ahí, con ese trapo que tenía, un día me subí por una escalera porque quería ver el cura yo, porque el cura también todo de negro, con todo eso. Cosas que yo traía de una aldea, no sabía nada. Bueno, me costó muchísimo, pero hice un esfuerzo enorme, y le dije a mi mamá, yo no quiero más ir a esa escuela. Entonces me puso en una escuela del Estado. Y fui aprendiendo, no me quedó nada eh… ni la zeta me quedó” [[3]](#footnote-3)

En ambas citas se expresan las dificultades atravesadas de niña al venirse a vivir a Argentina, en primer lugar por hablar otra lengua, de la que además los hijos de los patrones solían burlarse. Así como el pasaje de una forma de vida que Aída denomina como propia de una “aldea” a las nuevas experiencias de vivir en una ciudad. Esta experiencia es narrada también a partir de lo que significaba para ella convivir con los patrones de su madre, asociándolo a un fuerte control que estos ejercían sobre las decisiones de ellas dos. En ese sentido Aída cuenta dos situaciones en las que se opone a decisiones impuestas por los jefes de su madre, primero cuando pide que la cambien de escuela:

“Y por suerte ya cuando empecé a madurar más todo eso, otro mundo, le dije a mi mamá que no quería ir más ahí, que lo hice todo el año pero que no quería ir más, ni sabía que había del Estado, no sabía nada. Yo dije que no quería ir más. Bueno fui a la del Estado ahí cerca, y bueno no traje los boletines pero me sacaba el primer puesto y el segundo puesto como era eh, gallega y todo”[[4]](#footnote-4)

Y también cuando se opone al mandato de estudiar química, y decide entrar a trabajar en una sastrería:

“(…) me querían poner de química, que fuera de química, porque yo estaba lúcida, pero yo no quise, no quise, porque yo lo que quería era separarme un poco era de toda esa gente, que tenía que llamarlo niño, niña, de la cosa, me iba todos los domingos cuando estábamos los tres meses ahí, a la Recoleta” [[5]](#footnote-5)

Podemos interpretar que “toda esa gente” remite a la familia de la casa en la cual trabajaba su madre, donde cuenta que debía llamar a los hijos como Niño. Niño Enrique, por ejemplo, había sido el primero en enseñarle a leer, y a incorporar el acento de la nueva lengua. Ese contexto aparece significado por Aída como muy opresivo, recordando una anécdota de cuando la mandaron a poner la mesa y sin querer arrojó un poco de sal, lo que hizo que la retaran y se sintiera muy mal.

Con apenas 16 años Aída ingresa a trabajar a la sastrería de Marilú Bragance. En una de las entrevistas relata de qué manera consigue el trabajo, señalando que logra entrar por intermedio de una compañera de su madre que era cocinera en casa de los Pini y cuya hija ya trabajaba en Marilú:

“Y entonces estaba con la hija, y la hija estaba en Marilú ¿vos no escuchaste a Marilú? Marilú Braganz. Bueno y me dice, yo le digo “¿vos no me podes hacer entrar ahí?” Me dijo, “déjamelo pensar”. Y yo le dije mami yo si, mami le decía yo, yo si… yo me voy allá, yo quiero aprender no quiero estar ahí.”[[6]](#footnote-6)

Pero en otra entrevista Aída explica su ingreso en la sastrería a través de un inspector de tranvías que trabajaba con su padrastro:

“Mi padrastro era guarda de tranvía, y el inspector padre de esa dueña de esa casa, que era todo un jerarca ser inspector, le dijo si podía yo entrar, fue el que me hizo entrar, porque si no no entraba y bueno…”[[7]](#footnote-7)

En la primera explicación Aída es la responsable podríamos decir, de pedir e insistir para que la hagan ingresar en Marilú, mientras que en la segunda cita, esto se debería a la relación de su padre con un inspector que “la hace entrar”. Recuperamos estas citas no para señalar que una de ellas sería errónea, sino para tratar de interpretar porqué razones Aída elige contar de diferente manera en cada caso su ingreso en Marilú. Creemos que en parte puede deberse a que muchas veces Aída cuenta su historia resaltando su agencia en los acontecimientos, como desarrollaremos más adelante.

El ingreso en Marilú Bragance significará para Aída una ruptura con respecto a la vida que venía llevando y es representando como un aumento en sus márgenes de libertad:

“Ese mundo a mí me cambió. A mí me cambió, porque empecé a tener amigas, ahí en plena Florida, donde a mí me gustaba mucho leer, muchísimo leer y entonces una de ellas me regaló ese de, de, en un libro chiquitito que tuve que leerlo con una lupa, del español, El Quijote, que me complicaba bastante, lo leí, estuve varias veces para entenderlo, pero, pero lo leí. Y después cuando estábamos ahí, que yo ya era más grande que estábamos yo iba, cuando había que dormir la siesta, yo no dormía, y me iba a la biblioteca y me buscaba los libros en castellano, porque había en francés, inglés y me los llevaba y yo hacía que dormía la siesta. Porque en el fondo había 45 habitaciones. Estaban muy bien la gente que, que, la mucama, la cocinera, había 7, 7 personas, para dos, por eso te digo, que conozco.”[[8]](#footnote-8)

“yo tenía libertad, mi libertad”[[9]](#footnote-9)

Si bien Aída no trabajará más de 4 o 5 años en Marilú, este periodo resulta de gran significación para ella, donde aprende el oficio de sastre “aprendí muy bien porque era una de las mejores, mejores casas que había en Buenos Aires”[[10]](#footnote-10), y se vincula con su identidad de trabajadora, algo que aparece fuertemente en su relato.

“trabajaban mujeres y varones, donde yo estaba, lo supe después también, era no como acá, las mesas, la oficial, media oficial, ayudanta, media ayudanta, aprendiza, todo eso estaba en una mesa. Yo era aprendiza, tal es así que hice seis, seis meses haciendo eh… estas cómo se llama, las hombreras, y entonces le dije a la jefe, yo ya estoy cansada de hacer esto, no quiero más, ya estaba más viva ¿viste? Y entonces empecé a pasar el punto flojo hasta que salí oficiala de ahí, tres años, tres o cuatro años trabajé.”[[11]](#footnote-11)

El ingreso a Marilú implica un clivaje importante en su vida e inaugura el contacto de Aída con la política en el espacio público, a partir de lo que será su participación en el sindicato del vestido.

Una de las características del testimonio de Aída es que en general los momentos que aparecen como clivajes en su trayectoria (salida de la escuela de monjas, ingreso a trabajar en la sastrería Marilú, y otros como cuando pidió dejar de hacer hombreras para pasar al punto flojo ascendiendo en su puesto de trabajo) son narrados como producto de una decisión, una capacidad de agencia por parte de ella, que es quien hace que eso ocurra. Más allá de que esto haya sucedido de esa manera o no, retomando a Portelli (2016), lo que nos interesa de este testimonio son los sentidos atribuidos a los acontecimientos y no los acontecimientos en sí mismos. Aída en su construcción narrativa elige contar su historia tomando posición frente a los hechos y contándose como protagonista de su propia historia, la mayoría de las veces.

Daniel James en su interesante trabajo “Doña María, historia de vida, memoria e identidad política” (2008) recupera las reflexiones en torno a cómo leer en clave de género un testimonio como el de Doña María, trabajadora y sindicalista peronista. Establece una distinción entre aquellas categorías desde las cuales la protagonista elige autorrepresentarse, y aquellos modelos culturales disponibles para interpretar ese relato, en los cuales el discurso ideológico oficial, hegemónico otorga determinados roles y dispositivos interpretativos según los distintos géneros que narran. Esos modelos hegemónicos muchas veces imponen cierto silenciamiento a quienes testimonian, en la medida en que no habilitan determinados relatos. James cita a modo de ejemplo un estudio realizado por historiadoras feministas que da cuenta de cómo el mito público dominante de la mujer ideal como ama de casa y madre, había impedido que emergieran las memorias acerca del rol de las mujeres como combatientes y trabajadoras de la producción, en la Guerra Civil Española. Otras veces puede que estos modelos no coincidan y en los relatos o lecturas aparezcan rupturas desde las cuales visibilizar otras trayectorias o miradas, resistentes a los modelos hegemónicos.

La historia de vida de Aída y su forma de narrarla, cuestiona los discursos hegemónicos acerca de lo que se espera de las mujeres, aun con sus contradicciones, silencios y olvidos, propios de cualquier testimonio oral. Aída asocia su ingreso en Marilú con la época propia del peronismo:

“Y ahí fue cuando yo conocí todo lo de Perón, porque de todo conocí. Pero tampoco sabía, yo no tenía conciencia todavía, porque en mi casa no se hablaba, se hablaba sí de la guerra civil española, y sí venían muchos de la guerra civil como Angelillo, como Imperio Argentina, de la cual yo acompañaba al padrino de ella [su hija], donde vive ella, el padrino y el chino y mi padrastro fuimos al cine Solís ¡a tirarle tomates y huevo!”[[12]](#footnote-12)

“Nosotros en casa se hacía política pero con la guerra española”[[13]](#footnote-13)

En estas citas podemos ver que la relación de Aída con la política comienza ya en el seno familiar, a partir de su padrastro quien era inmigrante gallego y republicano*.* Él es quien además la autoriza a afiliarse al sindicato del vestido, luego de que el superior de ella le pidiera ese permiso, enviándole una nota a través de Aída, dentro de una pequeña caja de fósforos:

“Claro, primero cuando mi papá, mi padrastro, dijo que sí, él entendía más porque al trabajar en el tranvía, conocer mucha gente, y bueno… decile que sí. Y después tuve que ir yo por la calle Maipú no me acuerdo la altura pero cruzando Corrientes, arriba de una azotea que había como una especie de oficina y ahí me… a escondidas ¿no? y no le tuve que decir a ninguna compañera porque parece que las otras dijeron que no…”[[14]](#footnote-14)

A partir del permiso concedido, y siendo de las únicas compañeras de Marilú, cuenta Aída, se afilia “a escondidas” y comienza a participar en las actividades del sindicato con alrededor de 16 años. También señala que los patrones de su madre no veían con bueno ojos que ella se afiliara y en alguna ocasión le decían que se alejara. Las anécdotas y recuerdos que Aída rescata sobre su participación sindical se ligan al peronismo y fuertemente a la lucha por el aguinaldo. Cuando le pregunto si participaba en actividades del sindicato dice:

“Sí, como marchas sí, pero puesto ninguno, íbamos porque eso comenzó en la época, lo del aguinaldo no fue tan fácil, no fue tan fácil, se hizo porque las tiendas ahí en esa época, aun si eran para los obreros, que había muchas, muchos, se trabajaba mucho y *Harrods*, bueno ni te hablo lo que era y *Gath y Cháves* también, era de lo más alto, empezaron a pagar menos, entonces comenzaron a hacer eso. Fui a los picnic, a los picnic de la casa…”[[15]](#footnote-15)

También recuerda como algo significativo cuando conoce a Eva Perón (a quien Marilú le hacía muchos de sus trajes) primero al espiarla detrás de las cortinas de la sastrería, junto con otras trabajadoras, también visitándola en su casa, a través de la sastrería para tomarle medidas, y cuando asiste al masivo velorio:

“Nosotros le hicimos mucha ropa, los trajecitos, hay un trajecito que vinieron unos periodistas que era un afiche, como los que hacemos nosotros ahí [en Madres] con papel así, donde ella estaba con un trajecito, que era el que la mesa nuestra lo habíamos hecho nosotros, en la mesa que estábamos, que era con unos ojitos de perdiz y tenía como una boina cruzado” [[16]](#footnote-16)

“Nosotros estábamos con Luz y fuerza, porque nos pusimos y estuvimos ocho horas, no era un gremio muy grande el del vestido, entonces Luz y fuerza si, Luz y fuerza era”[[17]](#footnote-17).

Luego de trabajar alrededor de 4 años en Marilú Bragance, Aída deja el trabajo, según nos cuenta porque la fábrica se muda a un lugar que le quedaba muy lejos. Se casa y se muda a Barracas donde tiene sus dos hijas, y continúa cosiendo de manera particular, primero para gente de su barrio hasta que se le ocurre ir a barrios de “clase alta” a coser a sus casas, luego se pone un pequeño negocio en el barrio donde viven.

“mi marido era muy laburador y sabía hacer, todo lo que esta acá rejas, todo, todo, todo, hecho por él, era metalúrgico y aparte de eso era, había estudiado, era dibujante mecánico, lo mismo que el padre, y todo lo del padre lo heredó que después yo lo mal vendí porque ya estaba podrida de ver ahí en el galpón todas las cosas, el torno, todo tenía mi marido, todo lo que está todo lo hizo él, todo… trabajador igual que yo…”[[18]](#footnote-18)

“Barracas era fabril, completamente, tenia de todo, de Siam, de todo, de los autos, y él [su marido] trabajaba en Catita que era una casa que tenía 2.000 personas”[[19]](#footnote-19)

Aída narra su historia reiteradamente en términos de clase, esto se expresa en la significatividad que tiene en su relato la experiencia en Marilú, su participación sindical, pero también en su relación con la identidad de su padre socialista, trabajador de tranvía y su madre trabajadora doméstica en la casa de una familia de clase alta como eran los banqueros Pini. Describe también como trabajador a su marido, y más tarde al narrar sobre su participación en Madres y su relación con Azucena Villaflor dice:

“[Azucena] se hizo muy amiga conmigo y dijo ‘¿Aída qué te parece las madres? son chetonas che, nosotras somos de laburo’ me dijo, nosotras, ella trabajó en una fábrica y nosotros somos laburantes, pero ellas nada…”[[20]](#footnote-20)

James establece que “el surgimiento de la categoría de género en el texto de un relato de vida está condicionado en gran medida, por otros elementos culturales y significados ideológicamente modulados, a menudo contradictorios” (2008; 215) En el caso del relato de Aida su pertenencia a la clase trabajadora vinculada a un oficio especializado, es central, y forma parte de las representaciones desde las cuales ordena y da sentido a sus experiencias. “*Había mucha clase media y poco obrero*” dice refiriéndose a la organización de Madres, dando cuenta de una subjetividad obrera que se cuela de manera recurrente en el relato y da sentido a su narración.

**Buenos y malos tiempos.**

Podemos ordenar el relato de Aída a partir de los clivajes que ella menciona, y de acuerdo a tiempos que caracteriza como “tiempos buenos” y “tiempos malos”. Inicia su narración contando sobre su vida extraña, donde la experiencia migrante es central, continua con su ingreso en Marilú y la ruptura con un mundo opresivo, su participación sindical, y luego su vida en la casa de Escalada, casada y con dos hijas (Beatriz y Claudia), como un tiempo tranquilo donde no parece haber sobresaltos. “La mala”, en sus palabras, comienza cuando Beti, su hija, militante del PRT- ERP profundiza su militancia y pasa a la clandestinidad, lo que altera la vida cotidiana y familiar, que pasa a estar atravesada por allanamientos, vigilancia, y mucho temor por parte de Aida y su marido, lo que los lleva mudarse a Montegrande, a una casita que habían comenzado a construir pero que no estaba terminada. Cuando secuestran a Beti el 17 de mayo de 1977, Aída comienza el recorrido por instituciones, como tantos familiares, hasta que, en sus palabras, “empieza lo bueno”, que está asociado a su inicio en Madres[[21]](#footnote-21) en el año ’77 cuando se hace muy cercana a Azucena.

En sus años de vida en la casa de Escalada, luego de renunciar a Marilú, Aida se dedica a coser de manera particular para vecinos y clientes de la zona:

“y si porque… yo tuve después taller, acá mismo (…) Pero yo tenía mucho y un día se me ocurrió de que, en vez de tener los del barrio me voy a poner con la alta clase social y de Escalada me iba a Olivos, me iba a todos los lugares, y cosí para ellos, con la inglesa, hacerlo en la casa de ellos, no en mi casa, hacer en la casas de ellos.”[[22]](#footnote-22)

También ponen una tienda que funciona un tiempo hasta que un mayorista se instala en el barrio y tienen que cerrarla.

“Entonces ya perdí ahí. Pero sino todo el barrio tenía su boleta, yo le hacia su boleta y nos iba muy bien, eso en Escalada. Eso fue antes de que la llevaran a Beti”[[23]](#footnote-23)

“Y bueno después ya dejé, ya hice en casa, después puse una tiendita también. Y bueno, después vino la mala”[[24]](#footnote-24)

El relato de Aída se organiza alrededor del acontecimiento de desaparición de Beti, como un clivaje que marca los tiempos, los define. Aída recuerda a Beti como una chica muy inteligente que se sacaba buenas notas, era estudiosa, responsable, y también rebelde. Cuenta que la adelantaron de la última sala de jardín al primer grado porque se aburría y que la paseaban por los distintos cursos recitando la historia de San Martín, porque se la sabía toda. Rememora con nostalgia los tiempos en que su hija asistía al Club de Talleres y trabajaba en el Banco Italiano, al que ingresa luego de ir a pedirle el trabajo junto con su madre (abuela de Beti) a uno de los hijos de los Pini, Niño Enrique, pero habiendo rendido un examen con un muy buen desempeño. Señala el momento en que Beti profundiza su militancia, “el cambio”. Este cambio Aída lo menciona con una ruptura respecto a la vida que llevaba Beti antes de iniciar o profundizar su militancia, y también respecto de la vida familiar.

“empieza un cambio, el cambio lo noté en seguida, una madre qué es lo que no nota, ya no se prendía así, ya estaba en el Banco”[[25]](#footnote-25)

“Cada uno tiene un porqué y… decir muchos no decir qué hizo, qué hablaba ¿lo sabían el papá y la mamá? Eso tratan de esconderlo, yo no, yo digo todo porque si no, no sirve”[[26]](#footnote-26)

Aída pone énfasis en la idea de que muchas Madres dicen no haberse dado cuenta de la militancia de sus hijos e hijas, mientras que ella considera que era algo notorio. Describe ese cambio como algo negativo en el sentido de que Beti deja sus estudios (se había recibido de perito mercantil, había estudiado magisterio e ingresado a la carrera de medicina) y renuncia al Banco Italiano para ingresar a trabajar en la fábrica Águila aunque espera a que muera el Niño Enrique para hacerlo, dando cuenta de cierto sentimiento de deuda con la familia Pini que la había referenciado bien para el ingreso a dicho trabajo. Sin embargo puede inferirse de su testimonio que en parte la mirada negativa sobre la militancia de Beatriz se debía al temor, por las consecuencias que podía tener para la familia:

“Aída: mi hija cambió y cuando cambió nosotros le hablamos, y le habló mi marido que sabía mucho, “ustedes corren riesgo y nosotros también” pero no fue así, ella era una… y estaba en el banco, que en el banco primero se iba con el uniforme que era precioso y ella estaba hermosa, porque era linda, y estaba, se iba de ahí y después empezó a cambiar.”

E: ¿Ella te contaba a vos sobre su militancia?

A: ella ya me contaba, porque después ella después se quiso ir de casa, pero acá viene lo, lo peor. A nosotros nos hicieron, ella siguió en eso, de todo hizo, no venía a la noche, no hacia la vida que hacia siempre. Siempre con el novio ese que tenía que ahora yo le dije, vos decís eso que iban a estudiar y hacer todo pero me parece que me están mintiendo, estábamos pero sabiendo, estábamos pasando un peligro, mi marido mucho más que yo. Y entonces traía gente, tal es así que un día trajo unos paquetes grandes y cuando voy a la carnicería que quedaba a tres cuadras de ahí me dijo [el carnicero] ¿qué hacia Beti a las dos de la mañana con un paquetazo en la puerta? eh bueno… esa fue una”[[27]](#footnote-27)

Aída cuenta en varios pasajes de la entrevista los temores que atravesaban ante la mirada de los vecinos, así como por la conciencia de los peligros que corrían: “estábamos pero sabiendo, estábamos pasando un peligro”, que se agravaron luego de que Beti pasó a la clandestinidad, cuando sufrieron una serie de allanamientos en su casa. Pero también manifiesta que no era indiferente a la militancia de su hija, como aquella vez en la que Beti participa de asalto al cuartel de Montechingolo y Aída recibe a varios de esos militantes en su casa, luego del bombardeo:

“A: Nosotras [ella y su hija menor] estábamos escuchando la televisión, mi marido dormía arriba, no sentía nada porque se levantaba muy temprano a la mañana, cerraba, nosotras estábamos en el taller, y sentimos, se borró la televisión, y dijeron bombardearon esto, aquello. Ay a mí me agarró, dije ¡ésta está ahí! estoy segura. Bueno empezaron a tocar el timbre, en el timbre vinieron como diez, pero ella no venia

E: ¿Venían a tu casa? A quedarse a tu casa

A: Si, los que habían venido ya conocían la casa. Entonces vinieron ahí, todavía no puedo ni pensar que fue cierto que pase todo eso y que no venía. Hasta que de repente una hora y pico, apareció. ¿Qué hago? No tenía mucha comida, ni nada por el estilo, les di café con leche. Y le dije que en ese comedor, se metieran en ese comedor, que era grande como este comedor, y se tiraran todos… les di una cosas unos trapos, ni me acuerdo de donde los saqué eso. Y pusieron ahí, la encontraron a ella, y todos cuando la vieron se fueron adelante y hablaban despacito para que yo no lo escuchara (…) que no pueden imitar a Cuba, bue. Este… yo tampoco soy tan tarada como para no saber de política, eh… se fue. A la mañana, que nos quedamos, se fueron a las tres, cuatro de la mañana.”[[28]](#footnote-28)

En la cita podemos ver que Aída era consciente de los riesgos que implicaban la militancia de Beti, pero no era indiferente ante esos hechos, en la medida en que recibió a los compañeros de Beti en su casa (y no por primera vez, ya que señala que “ya conocían la casa”), los atendió dándoles de comer y dejando que se queden a dormir. Además destaca que ella entendía o podía tener un posicionamiento político sobre la militancia de su hija y sus compañeros/as. En el libro “¡Presentes! ¡Ahora y siempre!” Aida escribe sobre su hija:

“Beti siempre fue muy independiente, estudiosa, inteligente. A los 14 años empezó a trabajar de Cadeta en Remedios de Escalada porque ella quiso. Tuvo una adolescencia llena de felicidad, concurría al Club Talleres, donde realizaban grandes comidas y actividades para los jubilados. Enamoradiza. Amaba con delirio a sus abuelos. Su proyecto de vida era desopilante: quería tener once hijos a los que ya les había elegido nombres. Muy familiera. Luego trabajó en el Nuevo Banco Italiano. Ingresó en Medicina con las mejores notas, pero luego abandonó para dedicarse a la militancia con toda su pasión, para lo cual dejó su trabajo en el banco y se fue de operaria a la fábrica de chocolate Águila. Su entrega fue total. Julio y yo manteníamos largas charlas con nuestra hija, éramos conocedores de su militancia. Tenía 22 años cuando se la llevaron…”[[29]](#footnote-29)

También destaca en la entrevista la generosidad como un rasgo de Beti, quien cuando cobraba su sueldo se lo entregaba entero para que se lo gastara en lo que quisiera.

Luego del episodio descripto, Aída cuenta que Beti decide irse de su casa, por lo que pierden contacto con ella, y ya no saben dónde se va a vivir. Aída vuelve a encontrarse a escondidas un par de veces, hasta que finalmente Beti es secuestrada, en lo que tiempo después se conocerá como el plan del exterminio del ERP ocurrido en el mes de mayo de 1977. Aída sufre tres allanamientos en su casa, los dos primeros en el año ’76 antes de la desaparición de Beti, y el otro luego de ese acontecimiento. El primero de ellos es muy violento, y Aída lo reitera en las entrevistas como un hecho muy significativo que marcó la vida familiar, también señala que fue central su actitud para que los agresores se fueran sin información sobre Beatriz.

“(…) miraron todos los lugares que tenía con vidrio, y había, como yo acostumbro que pongo los ahí, y había una chiquitita así, que era la foto de un carnet de Beti, de repente me traen un tipo, el tipo lo tenían todo tapado, así, por acá le salía sangre [señala su cuello y parte del hombro] esto que les digo lo dijo el “¿usted lo conoce?” “No. yo no.” Yo sola ¿eh? Todos con, yo no sabía después supe, con una ithaca, con no sé cuántos porque intentaron matarme, entonces me dijo “¿esta foto de quién es?”, entonces le dije “no es, es de mi sobrina”… bue, mientras tanto ellos estaban robando.”[[30]](#footnote-30)

En el segundo allanamiento Aída cuenta que se da cuenta del peligro y es quien incita a su marido a huir para que no los secuestren:

“en ese día estaba mi marido sólo, estaba sólo y le dijo donde estaba su mujer, mi mujer está con la madre, entonces este, ‘no, llámela porque si no los llevo a los dos’. Bueno ahí no teníamos teléfono, tuvo que ir a otro lado llamó y nos dio un papelito con los nombres de ellos [Beatriz y su compañero], nosotros pusimos una cara cuando llegamos recién a la puerta y nos dimos cuenta entonces cerca del coso del policía que preguntaban por fulano y por fulano entonces yo lo agarro a Julio de acá y le digo “vámonos, vámonos, corramos, vámonos” era para agarrarnos a nosotros.”[[31]](#footnote-31)

A partir del primer allanamiento la familia decide mudarse, y ya casi no vuelven a esa casa, mientras se profundiza la vigilancia sobre su vida cotidiana.

Al desaparecer Beti comienza desesperadamente los recorridos por las instituciones como muchos otros familiares hasta el encuentro con la ronda de las Madres. Aída llama a este periodo el momento de la “historia sustanciosa”, “potente”, los primeros 7 meses, de abril a diciembre “cuando se construyó el movimiento y tuvo un lineamiento que todas aceptamos”. Diciembre es el mes en que desaparece Azucena Villaflor, referente fundamental en esos meses para la conformación de Madres. La presencia de Azucena es central en el relato de Aída, por ser quien funda el movimiento a partir de interpelarlas en la Iglesia de Retiro para ir a la Plaza, y también por identificarse con su identidad trabajadora. Azucena había nacido en 1924 y trabajaba desde los 15 años, primero como obrera en una fábrica de vidrio y luego como telefonista en la empresa SIAM.

El secuestro y la posterior desaparición de Azucena será un duro golpe para Aída quien era muy cercana a ella, sin embargo continúan organizándose, por más que, como menciona, el secuestro de Azucena fuera un intento de descabezar el movimiento.

“bueno fuimos igual a la plaza, fuimos igual, nos reunimos y fuimos y todo, no es que fuera que no, porque llevaron de las madres 3, y la francesa la llevaron el mismo día, porque estaban en la Iglesia y vino Astiz con un papel que ya estaba programado, y dice “Porque a vos te digo, porque a vos te digo, y porque a vos te digo”, [hace la mímica de que las señalaba, para marcarlas] y cuando salieron a la puerta no eran taxi, ni nada, que tampoco se marcara que fuera del ejército o algo así, no no no, un auto cualquiera”[[32]](#footnote-32)

Aída reniega del poco lugar que se le ha dado a Azucena en la escena pública, y en la historia, siendo que para ella es quien debería considerarse la primera y verdadera fundadora del movimiento.

“Azucena la quieren descartar de coso, todos quieren hacer que no es Azucena la primera… y Azucena fue la que habló, entonces yo un día agarré y le dije a todas estando en una reunión: ella tuvo la idea de sacar esto, de decir vamos a la plaza, vamos a, esa frase, ¿ustedes la hubieran dicho? Alguna de ustedes. Es como si se me ocurrió a mí la vacuna de Pasteur. ¡La hizo él! [enfatiza] no la hizo otro tipo, entonces yo les doy esta cosa para que se den cuenta lo que es, no. Tienen eso. Porque después que pasó el dolor tan grande como que quieren ser primeras”[[33]](#footnote-33)

En ese sentido y de la mano de su rol como organizadora del archivo de Madres, la memoria de Aída se define por su reivindicación de las primeras Madres y Abuelas, “*las legales*” como las denomina, y podríamos interpretar, como las que son legítimas para ella, y permanecieron mayormente en el anonimato. Esto es fundamentado por Aída a partir de los documentos en el archivo, y de los volantes y afiches construidos por ella donde se asientan los nombres de las primeras integrantes, dando cuenta de las disputas por cómo construir esa memoria, que la mayoría de las veces es producto de una negociación permanente.

Aída será además en Madres-Línea Fundadora quien se encargue de dos tareas fundamentales aunque poco visibles, por un lado la elaboración del archivo, y además la realización de los pañuelos, poniendo en juego su oficio de sastre. Cuando le pregunto acerca de cómo surge la idea de ser quien se encargue de la tarea del archivo cuenta que fue algo “espontaneo” y sugerido por otras Madres cuando se mudaron al piso ubicado en la calle Piedras (lugar donde se encuentran actualmente, luego de años de funcionar en una piecita del SERPAJ). Aída cuenta que comenzó cuando trajeron las bolsas con los recortes de diarios que habían guardado hasta tener un lugar definitivo, sentada en el suelo, y de manera muy artesanal (sin computadora porque no tenía ni sabía usarla) a clasificar los documentos, así como también las fotografías que conseguía de manera clandestina poniéndose en contacto con periodistas y fotógrafos:

“y despacito, no tenía una sola foto, no tenía nada, yo cada vez que digo que caradura yo, me empecé a ver con los fotógrafos, me empecé a ver viste la que te digo la primer foto, que es la primera salida, me la dio un periodista, me dijo “es mala pero es lo único” y me la puso en el bolsillo”[[34]](#footnote-34)

Además de reunir las fotos, que actualmente llegan al impactante número de diez mil, Aída fue armando el archivo organizando los documentos, primero en carpetas de cartón y luego en muebles que fue consiguiendo o “*pichuleando*”:

“y después de eso hice los cajoncitos, en esos cajoncitos puse el primer, en 1976 hasta ahora, ahora este año no hice nada, porque no pude mucho, pero todo lo que venía de, le dije miren yo necesito plata, que estamos, que tenemos plata, vamos a hacer un arreglo y de ese arreglo hicimos eso, cuelgan la ropa en el otro que también está en, en, donde hacemos las reuniones y también hice hacer unos muebles y también le pichulié a mi vice que está ahora, que arriba tenia sastrería con el padre en la época que se usaban muchos los trajes, que ahora no se usan más ¿viste? El de la esquina cerró, el de la esquina de ahí. Y este… y entonces me, entonces yo dije no, esto lo vamos a usar para hacer un estante arriba y todos los demás cajoncitos, año, año, año, año, y abajo, que es lo que agarramos así nomás abajo. Y arriba hay de todo, tengo 45 cuadros que traen de gente, algunos son espantosos otros no. y hay una que quiere que lo tire, ¿vos estás loca? Yo no tiro nada”[[35]](#footnote-35)

Aída no tira nada, y guarda. En los muebles también se encuentran cuidadosamente guardadas las pancartas de cada hijo o hija desaparecida, que llevan a las marchas. La de Beti tiene además del nombre y la fecha de nacimiento y desaparición, fotos de ella desde bebé y otras tituladas “Beatriz a los 15 años” y “Beatriz a los 8 años”. También muestra orgullosamente la nota de un examen de matemática y al lado tiene escrito “se llevó matemática y al rendir en Marzo se sacó 10, tal vez fuera su marca personal”.

Los documentos que se encuentran en el archivo han sido un insumo para los juicios. Aída muestra una gran preocupación por su conservación y cuidado:

“viste que hicieron juicios y yo también fui y llevé el papel pero no se lo quise dar, le dije que no se lo daba, entonces me dijo si vamos a tu casa, si… no. Yo se lo doy al abogado, ahí mismo, porque no podés, yo casi no podía escuchar, le digo póngame alguien al lado mío para así me traspone porque eso adentro es una cosa muy grande y una, yo no lo escuchaba bien, entonces vinieron, se lo dieron al abogado, al abogado nuestro que estaba (…) y yo le dije 24 horas, quiero esto de vuelta, y me lo trajeron, me trajeron el pedacito de diario”[[36]](#footnote-36)

Aída resalta no ser una experta “cuando hice el archivo lo hice como me parecía, no sabía cómo se hacían, ahora si vos me preguntas donde está tal cosa yo puedo decirte. Así que, que vengan los expertos que yo les cuento”[[37]](#footnote-37)

Su trabajo a cargo del archivo se expresa también en el gran mural que fue armando en la habitación central del local de Madres, donde están los retratos con las fechas de nacimiento y desaparición de cada hijo. En otra pared también, ha ido agregando las fotos de las Madres bajo el título “Madres fallecidas”. El mural se presenta como un gran collage de imágenes, unas al lado de otra. “Nos hemos idos perfeccionando” me cuenta Aída, ya que su yerno le hizo unos paneles de metal y las fotos se plastifican y se van pegando con imanes a las paredes, de manera ordenada. Aída puede recordar de muchas de ellas quién acercó la foto, dónde fueron secuestrados, si los restos de esa persona fueron o no encontrados, entre otros datos. Relata también cómo algunos familiares llegan y piden que la foto de su hijo/a no esté al lado de la de tal persona, Aída se ríe contando los pormenores de la organización de ese mural. También de familiares que no tienen fotos de sus hijos y se acercan a Madres para hacer copia de la que se encuentra en el mural. Pide que le lleven la foto que mejor calidad tenga, en lo posible que no sea de papel “porque quedan feas”. Y va sumando a esa pared las historias, en forma de mirada, de fecha de nacimiento y de desaparición.

En el centro de esa habitación, debajo de la mesa de vidrio, se encuentra el afiche que confeccionó Aída, donde están las Madres fundadoras, es de las primeras cosas que me muestra al llegar al lugar. En éste puede leerse: “Madres de Plaza de Mayo- Línea Fundadora: 1977- 30 de abril - 2010” y los nombres “Beatriz Aicardi de Neuhaus; Azucena Villaflor de Devincenti; Mirta Acuña de Baravalle; Raquel Arcuschin; Elida Caimi; Haydée Gastelú de García Buela; Raquel Mariscurrena; Delicia Miranda; Cándida, Julia, Mercedes y María Adela Gard de Antokoletz, Pepa Noia,” Todos acompañados de la fotografía (menos Delicia que no quiso ponerla) y un recuadro en blanco que dice debajo “una joven que no quiso dar su nombre”. Aída me muestra el afiche y las va nombrando, destacando que hay una de ellas de la que está convencida que no estuvo en la primer reunión “*pero como me porfiaba tanto la puse igual, para que no haga lio*”, dice riéndose.

Podemos pensar a Aída como una emprendedora de memoria (Jelin, 2002) que busca construir y conservar una memoria colectiva en función de un proyecto. Esto se ve en su intención de construir el archivo de Madres, tomándose el trabajo de guardar los recortes de diarios y la documentación desde el año 1977, así como de juntar también fotografías y tener registro de las primeras marchas y actividades de la organización. Como establece Jelin los emprendedores de memoria pelean por otorgar sentidos al pasado, y en esa disputa pueden influir o cambiar el sentido de una memoria oficial, sedimentada. La memoria reivindicada por Aída busca recuperar la historia de las primeras Madres fundadoras, consideradas por ella legítimas, sosteniendo que es una memoria que se quiere “borrar”, y en ese sentido los documentos del archivo son el material irremplazable para sustentarla. La otra tarea de la cual se encarga Aída, haciendo honor a su oficio de sastre, es la de confeccionar los pañuelos, así como también la bandera que encabeza las marchas del 24 de marzo, cada año, con las fotos de los desaparecidos:

“hice hacer la bandera, tuve la idea de la bandera primero fue con una tela así nomás que se yo, la rompieron toda, después se me ocurrió a mi hacerla con tela de ésta [toca el mantel] así como ésta, de tanto tirar, porque yo le llamo la bandera del pueblo, porque todo el mundo se emociona, todo el mundo se emociona, yo no la encuentro nunca, yo sé que la puse yo misma así que sé que está, pero no se puede ver, todos me vienen a reclamar y me dicen yo no la veo, que querés son tres cuadras, hay mucha, no se la ve.” [[38]](#footnote-38)

Los pañuelos, surgidos primero espontáneamente como pañales de tela, comenzaron luego a ser realizados por Aída, que se encarga desde entonces de esa tarea, como si fuera algo sagrado:

“Yo tengo todos los elementos, los de los cositos, los zig zag, tengo la tijera de zigzag y todo esto. Un día me llaman por teléfono, no hará cosa de dos o tres meses y me dice Nora [Cortiñas], me dice ¿nos das autorización Aida para que haga? … pero los pañuelos no son míos, le digo, son de todas (…) Porque no es tan fácil. Tiene que ir bien al bies y tiene que doblase todo así, para que salga más ¿no? y que el bies sea acá así y bueno, me tengo que poner para darse cuenta. Esta es la punta, este es derechos y este es así. Pero tiene que estar todo bien porque se va a poner otro al lado. Van a ser varios. Si les digo, no lo creen. Yo la miraba y le decía, esto está mal, la pones mal. Y tenía los alfileres que no marcan, ni rompen, no tienen óxido, la tijerita esa de los cosos que tengo, y ¿qué otra cosa más tengo para eso? (…) Porque hay que poner el bies bien, porque si lo pones doble, si lo pones mal de abajo, tiene que estar con todos esos alfileres pinchados bien todo, ir limpiando cada cortadura que haces uno, lo agarras con este cepillito y le limpias toda la pelusita que queda porque si no se revienta la cosa, hace esto, se dobla, hace esto.”[[39]](#footnote-39)

La memoria de Aída es una memoria que también se narra desde la corporalidad. Una corporalidad inseparable de la condición de clase, identidad desde la cual elige narrar su historia como un hilo conductor. Sus manos dibujan, contornean, los moldes, las puntadas, los modelos de la ropa que supo medir, cortar, coser, en su trabajo en la sastrería Marilú y luego también con los pañuelos de las Madres, ahorrando tela y perfeccionando año a año los pañuelos. Cuenta también usando sus manos y a veces recurre a un lápiz y un papel para explicarse mejor.

**Reflexiones finales**

En su trabajo sobre el rol que tuvieron las mujeres en las organizaciones político militares, Oberti (2015) señala la necesidad de distanciarnos de la mirada burguesa que sostiene la separación entre el espacio privado y aquel propio de la política, ya que esto obturaría dimensiones del análisis y contribuiría a reproducir las relaciones desiguales entre los géneros. “Pensar la politización de lo cotidiano como una subordinación de las relaciones personales y afectivas a la política implica reproducir la significación de la política, sus acepciones burguesas. A la vez, dejar lo privado al margen de la intervención política entraña también sostener esta división burguesa naturalizándola*”* (Oberti 2015: 17). Según la autora el feminismo se ha encargado de cuestionar aquella separación tajante, a partir de señalar la presencia extendida de las mujeres en la primera, y más aún, porque dicha distinción, de origen burgués, traza un corte entre mujeres y política, y se constituye en una tecnología del género, orientada a reproducir las ideologías sexuales hegemónicas de género.

En este sentido, creemos que la mirada que enfatiza la condición de amas de casa de aquellas mujeres que se constituyeron en MPM, como algo antitético de la política, y por ende, su constitución en sujetos políticos como producto de una ruptura con sus trayectorias pasadas, puede obturar un conjunto de experiencias políticas y trayectorias construidas previamente. La historia de vida de Aida Bogo puede ilustrar esta cuestión. Esto se ve en primer lugar en su socialización en una familia vinculada a la experiencia de la guerra civil española, a partir de la militancia de su padre republicano y posteriormente por la experiencia como trabajadora en la sastrería Marilú y su participación en el sindicato del vestido a partir de afiliarse a escondidas. Estos elementos seguramente influyeron en la conformación de la subjetividad de Aída, en disposiciones, prácticas, maneras de actuar, que luego asumieron una forma particular al constituirse en una Madre de Plaza de Mayo.

Podríamos pensar que una de las maneras que elige Aída para autorrepresentarse está ligada a la de una mujer que no se adapta a los sucesos tal cual ocurren, sino que elabora estrategias para salirse de algunas situaciones y enfrentar otras. De acuerdo a su relato este es un rasgo que aparece en su vida tempranamente. Además Aída elige contar su historia previa a formar parte de Madres, desde la “rareza” y no desde una vida convencional y rutinaria, como a veces es narrada la vida de mujeres, amas de casa, de clase media o trabajadora, desde las miradas hegemónicas. La pertenencia a la clase trabajadora vinculada a un oficio especializado es central y forma parte de las representaciones desde las cuales Aída ordena y da sentido a sus experiencias. “Había mucha clase media y poco obrero” dice refiriéndose a la organización de Madres, dando cuenta de una subjetividad obrera que se cuela de manera recurrente en el relato y da sentido a su narración.

Si bien muchas Madres han testimoniado acerca de que el acontecimiento de desaparición de sus hijos y los inicios en la militancia, significó una ruptura con sus experiencias y cotidianeidad de amas de casa, también resulta relevante preguntarnos cómo se construyen las memorias y cómo los sujetos son interpelados por ellas. Qué es posible rememorar y qué no, de acuerdo a los marcos sociales de escucha (Halbwachs, 2004) o las necesidades tácticas y estrategias que exige el momento histórico. En el caso de las Madres, apelar a la identidad de madres, amas de casa, y a las cualidades de esa construcción tradicional de identidad, fue en parte una necesidad estratégica en el contexto fuertemente represivo. Creemos que recuperar historias de vida como la de Aída Bogo de Sarti, y centrar la mirada en las trayectorias previas a la desaparición de los/as hijos/as puede mostrar aspectos no visibilizados sobre las MPM, complejizando las interpretaciones sobre los modos en que estos actores se constituyeron en sujetos político.

**Fuentes:**

- Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, abril de 2017

- Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, por Patricia Flier en 2016

- Nota de campo, visita a la sede de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, 19/8/2016

**Bibliografía**

- Bourdieu, Pierre (2010) El sentido práctico. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

- Bousquet, Jean Pierre (1983) Las locas de la Plaza. Buenos Aires: El Cid Editor.

- Da Silva Catela, Ludmila (2001) No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos. La Plata: Al Margen.

- Feijo, María del Carmen y Cogna, Mónica (1985) “Las mujeres en la transición a la democracia” en Elizabeth Jelin, Los nuevos movimientos sociales/2 – Derechos Humanos. Obreros. Barrios. Buenos Aires: CEAL.

- Gorini, Ulises. La rebelión de las Madres. Historia de las madres de Plaza de Mayo. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2006.

- Halbwachs, Maurice (2004). La memoria colectiva. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

- James, Daniel, (2004) Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política, Buenos Aires, Manantial.

- Jelin, Elizabeth (2002) Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

- Kotler, Rubén (2006) Los Movimientos Sociales: formas de resistencia a la dictadura. Madres de Detenidos­ Desaparecidos de Tucumán. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

- Aída Sarti y Cristina Sánchez (Comp.) (2007) ¡Presentes! ¡Ahora y siempre! Buenos Aires, Colihue, 1º edición.

- Oberti, Alejandra (2015) Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta, Buenos Aires, Edhasa.

- Portelli, Alessandro (2016) Historias Orales. Narración, Imaginación y dialogo. Rosario: Prohistoria, UNLP (en prensa).

- Scocco, Marianela (2014) “Tan desconocida, tan necesaria. La formación de las agrupaciones de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo de Rosario: una página en la historia de los derechos humanos” en Kotler (Comp.) En el país del sí me acuerdo: los orígenes nacionales e internacionales del movimiento de derechos humanos argentino: de la dictadura a la transición. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.

1. Entrevista a Aída Bogo de Sarti, abril 2017 [↑](#footnote-ref-1)
2. Ibídem [↑](#footnote-ref-2)
3. Ibídem [↑](#footnote-ref-3)
4. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, por Patricia Flier en 2016 [↑](#footnote-ref-4)
5. Ibídem [↑](#footnote-ref-5)
6. Ibídem [↑](#footnote-ref-6)
7. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, abril 2017 [↑](#footnote-ref-7)
8. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, por Patricia Flier en 2016 [↑](#footnote-ref-8)
9. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, abril 2017 [↑](#footnote-ref-9)
10. Ibídem [↑](#footnote-ref-10)
11. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, por Patricia Flier en 2016 [↑](#footnote-ref-11)
12. Ibídem [↑](#footnote-ref-12)
13. Entrevista realizada a Aída Bogo de Sarti, abril 2017 [↑](#footnote-ref-13)
14. Ibídem [↑](#footnote-ref-14)
15. Ibídem [↑](#footnote-ref-15)
16. Ibídem [↑](#footnote-ref-16)
17. Ibídem [↑](#footnote-ref-17)
18. Ibídem [↑](#footnote-ref-18)
19. Ibídem [↑](#footnote-ref-19)
20. Ibídem [↑](#footnote-ref-20)
21. figura en uno de los libros de Madres como la numero 17 en sumarse [↑](#footnote-ref-21)
22. Ibídem [↑](#footnote-ref-22)
23. Ibídem [↑](#footnote-ref-23)
24. Ibídem [↑](#footnote-ref-24)
25. Ibídem [↑](#footnote-ref-25)
26. Ibídem [↑](#footnote-ref-26)
27. Ibídem [↑](#footnote-ref-27)
28. Ibídem [↑](#footnote-ref-28)
29. Aída Sarti y Cristina Sánchez (Comp.) (2007) ¡Presentes! ¡Ahora y siempre! Buenos Aires, Colihue, 1º edición, página 30. [↑](#footnote-ref-29)
30. Ibídem [↑](#footnote-ref-30)
31. Ibídem [↑](#footnote-ref-31)
32. Ibídem [↑](#footnote-ref-32)
33. Ibídem [↑](#footnote-ref-33)
34. Ibídem [↑](#footnote-ref-34)
35. Ibídem [↑](#footnote-ref-35)
36. Ibídem [↑](#footnote-ref-36)
37. Nota de campo, visita a la sede de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, 19/8/2016 [↑](#footnote-ref-37)
38. Ibídem [↑](#footnote-ref-38)
39. Ibídem [↑](#footnote-ref-39)